

I

El ciclo empieza de nuevo

Tras un caluroso día de verano, la noche cae sobre la ciudad de Barcelona. Mientras las luces empiezan a esparcir su fulgor, una joven pareja llega a las puertas de una clínica situada en la parte alta de la ciudad. Envueltos en la brisa que empieza a soplar desde el mar, entran precipitadamente. Finaliza julio y ella se encuentra en la última etapa de embarazo. Pero no ha calculado bien las contracciones y el parto es inminente. Al ver el estado de la mujer, la enfermera agiliza los trámites. Su aspecto no delata los nervios de unos padres primerizos. Entrega el formulario de ingreso al marido, e inmediatamente acompaña a la mujer al quirófano. Allí la ayuda a desvestirse rogando en silencio que el médico llegue a tiempo. Después la acomoda en el paritorio. En ese instante aparece la comadrona quien, después de una rápida exploración, corrobora los temores de su compañera. Es cosa de minutos que el niño nazca. La joven acusa las contracciones pero en su rostro no se refleja ninguna muestra de dolor. Este hecho no pasa desapercibido para la enfermera ni tampoco para la comadrona, ambas se miran con extrañeza.

—¿Ha llegado el doctor? —pregunta la mujer.

—Todavía no, pero está de camino. No se preocupe. Estaba cerca cuando ha recibido el aviso y está a punto de llegar.

Es la comadrona quien responde con dulzura intentando calmarla, y es que a pesar de su larga carrera nunca se había enfrentado a un parto como este. Las contracciones son fuertes y seguidas, pero no se aprecia muestra de dolor en el rostro de la madre. Muy al contrario, su semblante es un espejo de calma y tranquilidad. Sensaciones que no son habituales en una madre primeriza.

Cuando la enfermera termina de preparar a la paciente llega el anestesista, quien, tras una rápida exploración, muestra su disgusto. No le gusta trabajar con prisas. El riesgo es elevado. Sin perder un segundo se dispone a preparar la punción cuando la comadrona lo separa de la camilla y le murmura al oído:

—Doctor, creo que debería ver esto. Las contracciones son muy fuertes, pero en cambio la paciente no siente ningún tipo de dolor.

Dudando de las palabras de la comadrona, el anestesista observa a la mujer tumbada en la camilla. Luego fija su vista en el ecógrafo. Estupefacto se acerca a la máquina, pero al comprobar que los picos que aparecen en la cinta de papel no coinciden con espasmos de dolor en la paciente exclama:

—No es posible. —Y volviéndose hacia las enfermeras pregunta—: ¿Le han administrado algún tipo de calmante?

—No, doctor —responden las dos al unísono.

Entonces el médico se acerca a la camilla y tomando la mano de la paciente le dice:

—Señora, soy el doctor Fernández, y antes de aplicar la anestesia necesito saber algunas cosas. ¿Ha tomado algún tipo de calmante en las últimas horas?

—No, doctor, no he tomado nada —responde ella—, solo un zumo de naranja a media tarde, ¿por qué lo pregunta?

—¿Siente usted dolor con las contracciones? —insiste el anestesista ignorando la pregunta de la paciente.

—Noto las contracciones, pero no siento dolor. A decir verdad me encuentro bien. Sé que el parto ha empezado, pero estoy perfectamente.

—De acuerdo —asiente el anestesista intentando dar a su voz un tono tranquilo—. Todo va de forma correcta, además ya ha llegado su ginecólogo. Está cambiándose y en segundos estará aquí.

Tras decir esto se separa de la paciente y hace una señal a la enfermera para que le siga. Los dos abandonan el paritorio, y una vez en el pasillo el médico comenta:

—Con las contracciones que tiene debería pedir a gritos la anestesia. ¿Está segura de que no le ha dado nada al ingresarla?

—Nada, doctor. La he traído desde recepción hasta la sala de partos directamente.

—¿Sabe si está bajo algún tipo de tratamiento? —vuelve a preguntar el anestesista.

—He consultado la ficha y no hay nada en su historial.

En ese momento aparece el doctor González, ginecólogo de la paciente y les pide que le pongan al corriente. La enfermera le informa que la paciente no siente dolor, y ello a pesar de que el parto ha empezado y de que todavía no le han administrado ninguna anestesia. Con cara de sorpresa, el ginecólogo mira al anestesista interrogándolo, pero este le confirma las palabras de

la enfermera. El médico se dirige a la sala de partos preocupado cuando, de repente se detiene antes de entrar.

Durante un segundo ha percibido una sensación extraña, como si alguien le estuviera observando, pero se da cuenta de que en la sala no hay nadie excepto la paciente y la comadrona.

Convencido de que solo ha sido una impresión pasajera pregunta:

—Buenas tardes, ¿lista para el gran momento?

—Sí, doctor —responde la futura madre confiada ante la presencia de su ginecólogo.

—Pues vamos allá, parece tiene prisa por llegar —bromea el médico.

Con una mirada rápida, el doctor revisa el instrumental. Luego se acerca a la camilla mostrando una sonrisa y empieza un examen rápido para comprobar el nivel de dilatación.

Por segunda vez experimenta la misma sensación. Como si en la sala hubiera alguien más aparte de ellos. Alguien que estuviera pendiente de todos sus movimientos. Aunque esta vez la impresión ha sido tan real que ha sentido como el vello se le erizaba.

Con un gesto de cabeza convencido de que todo está bajo control se concentra en su trabajo. Tras el examen confirma que la dilatación es de nueve centímetros. Efectivamente, el parto ha empezado. Persuadido de que no va a representar ningún problema el hecho de que no haya dolor a pesar de las contracciones, aún sin ningún tipo de anestesia, se sienta en su

taburete. No obstante, y como precaución pide al anestesista que se quede en la sala durante el parto.

Entre tanto aparece el padre hecho un manojito de nervios vestido con la bata verde que le ha entregado la enfermera. Una vez dentro del quirófano se acerca a la camilla donde está su mujer mientras se pregunta si es prudente saludar al doctor, pues teme entorpecer su trabajo.

El ginecólogo, veterano en estos casos, le tiende la mano y, con una sonrisa, indica que todo va con normalidad. Después, con un gesto le invita a situarse en la cabecera para ayudar a su mujer.

Al ver que el nacimiento no se puede demorar más, el doctor hace una señal a la comadrona. Luego toma un bisturí y con un corte preciso deja salir el líquido amniótico.

Entonces su mano se detiene bruscamente. Por tercera vez ha vuelto a tener la misma impresión. Como si hubiera alguien detrás de él. Incluso esta vez ha llegado a sentir un aliento en la nuca que le ha provocado un escalofrío.

Alza la vista, pero al ver que la comadrona y el padre le están mirando decide continuar. Hace un nuevo corte y deja salir el fluido que rodea al feto.

Al comprobar que el líquido no está turbio recobra la confianza.

Pero las sensaciones no han sido infundadas. Desde un rincón, una delgada figura observa cada uno de los movimientos del ginecólogo. La misteriosa figura, alta y enjuta, luce una poblada barba de color blanco que cubre su rostro. Un rostro en el que se pueden leer muchas fatigas y sufrimientos. Sus ropas, desfasadas para la época, son sencillas, pero bien ajustadas. Se

cubre con una camisa de lino que le llega por debajo de la cintura, y sujeta sus calzones con una sencilla correa de cuero mientras una larga cota de malla que produce un leve tintineo con cada movimiento le protege el cuerpo. Bajo el brillante yelmo que cubre su cabeza se distinguen unos ojos negros que están fijos en la mano que sostiene el bisturí, y una cruz de color rojo en el hombro izquierdo destaca sobre el blanco de su manto. Envuelto en una capa que lo arropa hasta los pies, el personaje descansa su mano derecha en el pomo de su espada. El contacto con el metal frío le hace sentir una sensación agradable, y en esta posición está listo para actuar con rapidez si fuera necesario.

A pesar de haber luchado en infinidad de batallas y haber vivido muchas situaciones de peligro, Freire Guillem de Cardona no está tranquilo.

El lugar y el tiempo le son desconocidos, y el potencial de lucha del enemigo también le es desconocido. Por ello, al sentirse en desventaja, la adrenalina fluye rápida por su cuerpo. Pero sabe por qué se halla en esa sala llena de aparatos y tubos. Sabe cuál es la misión que sus superiores le han encomendado, y está seguro de que no va a fallarles. Ha esperado este momento durante siglos. En cambio, ahora que por fin ha llegado, siente el mismo temor que sintió en su primera batalla contra los sarracenos, hace muchos años, en la frontera sur de Tarragona.

Mientras vigila que el médico no haga ningún movimiento que suponga un peligro para la madre o el bebé, se deja llevar por la añoranza, y desde su rincón, recuerda cuando era un niño y veía cabalgar a los orgullosos caballeros templarios. Vestidos con sus capas y armados con sus espadas. Envueltos en un halo de misterio. Desde entonces supo que él también sería uno de ellos.

Por eso pidió el ingreso el mismo día que cumplía la mayoría de edad. Aún revive con nostalgia la ceremonia de su iniciación. Como si el tiempo no hubiera pasado. Jamás en toda su vida ha vuelto a sentir una emoción igual. Por ello todavía no entiende por qué la ceremonia de iniciación fue precisamente uno de los motivos que usaron para atacar y abolir la Orden de los Pobres Caballeros de Cristo. Y sin dejar de vigilar al médico murmura:

—¡Estúpidos! ¿Qué sabían ese papa corrupto y ese rey perverso de nuestra ceremonia de iniciación y de los símbolos que representaba? Solo el vil deseo de poseer nuestros bienes materiales les llevó a cometer su crimen fratricida. Por suerte, nuestros maestros supieron anticiparse y poner a salvo nuestro tesoro, nuestro grial, aunque ello supuso el sacrificio de miles de hermanos y de nuestro maestro Jacques de Molay.

Un movimiento del médico lo devuelve a la realidad. Entonces ve como el bebé empieza a asomar su cabecita. Aprovechando la presión de la madre, el ginecólogo lo extrae con destreza y por fin nace el niño.

La escena llena de emoción a Frey Guillem, quien a pesar de su dureza y de que estaba preparado para este momento desde hacía cientos de años, no puede impedir que una lágrima resbale por su mejilla. Entonces, con rapidez y sabiendo que nadie puede verle, apoya la rodilla derecha en el suelo, agacha la cabeza y levanta las manos juntas en dirección al recién nacido mientras susurra:

—A vuestras órdenes, sire.

Cuando el médico toma al bebé en brazos su llanto empieza a inundar la sala, pero cuando el recién nacido escucha estas

palabras deja de llorar, y con la tranquilidad reflejada en su tierna carita sonrío con satisfacción.

Aparte del caballero y del bebé nadie más en el quirófano se ha dado cuenta de la escena que acaba de producirse.